



## Domingo Tercero de Pascua Ciclo B. Jesús resucitado se aparece a los Once

Para orar o meditar recuerda que siempre debes empezar poniéndote en la PRESENCIA DE DIOS, y después invocar a la VIRGEN con cariño, metiéndote en su Corazón y suplicando desde allí el don del ESPÍRITU SANTO. Lee despacio el texto del EVANGELIO, y el comentario y sítvete después de los PUNTOS para la meditación. Son muy importantes los COLOQUIOS con el Señor y con su Madre.

### ✠ Lectura del santo Evangelio según San Lucas (24, 35-48)

*En aquel tiempo, los discípulos de Jesús contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.*

*Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros».*

*Pero ellos, aterrizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Y él les dijo: «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpádmelos y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo». Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Y como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?»*

*Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí».*

*Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y les dijo: «Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto».*

### COMENTARIO DEL EVANGELIO

En el tiempo pascual la liturgia nos ofrece múltiples estímulos para fortalecer nuestra fe en Cristo resucitado. En este III domingo de Pascua, por ejemplo, san Lucas narra cómo los dos discípulos de Emaús, después de haberlo reconocido "al partir el pan", fueron llenos de alegría a Jerusalén para informar a los demás de lo que les había sucedido. Y precisamente mientras estaban hablando, el Señor mismo se apareció mostrando las manos y los pies con los signos de la pasión. Luego, ante el asombro y la incredulidad de los Apóstoles, Jesús les pidió pescado asado y lo comió delante de ellos. En este y en otros relatos se capta una invitación repetida a vencer la incredulidad y a creer en la resurrección de Cristo, porque sus discípulos están llamados a ser testigos precisamente de este acontecimiento extraordinario. La resurrección de Cristo es el dato central del cristianismo, verdad fundamental que es preciso reafirmar con vigor en todos los tiempos, puesto que negarla, como de diversos modos se ha intentado hacer y se sigue haciendo, o transformarla en un acontecimiento puramente espiritual, significa desvirtuar nuestra misma fe. "Si no resucitó Cristo —afirma san Pablo—, es vana nuestra predicación, es vana también vuestra fe" (1 Co 15, 14). En los días que siguieron a la resurrección del Señor, los Apóstoles permanecieron reunidos, confortados por la presencia de María, y después de la Ascensión perseveraron, juntamente con ella, en oración a la espera de Pentecostés. La Virgen fue para ellos madre y maestra, papel que sigue desempeñando con respecto a los cristianos de todos los tiempos. Cada año, en el tiempo pascual, revivimos más intensamente esta experiencia y, tal vez precisamente por esto, la tradición popular ha consagrado a María el mes de mayo, que normalmente cae entre Pascua y Pentecostés (30.4.06).

### PUNTOS PARA LA MEDITACIÓN (P. Tomás Morales)

Un sentimiento de profundo gozo nos debe inundar al leer este evangelio. Madre querida: concédenos la gracia de alegrarnos y gozarnos intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo, nuestro Señor.

*Se presentó Jesús en medio de sus discípulos.* Con sencillez y naturalidad. Su cuerpo está ya libre de limitaciones terrenas. Ágil, no puede ser detenido por la materia. Sale del sepulcro abierto en la roca. Atraviesa la pesada losa que lo cubre. Se presenta en medio de sus discípulos estando las puertas cerradas. Toma alimento con ellos. Pero no lo hace obligado por la necesidad, sino por misericordiosa condescendencia. Pretende confirmar la realidad de su resurrección. Trata de alegrar a los apóstoles. Santa Madre de Dios: que se nos aparezca también y que permanezca todo el día con nosotros. Que nos llene de fe, de esperanza, de amor, para que seamos testigos vivientes suyos, inundando de alegría a nuestros hermanos. Así podrá decir de nosotros: «Sois fuerza que está creando, sois vida que está latiendo, sois dicha que va cantando, y amor que viene riendo».

*La paz sea con vosotros.* Es la salutación predilecta de Jesús. La repite sin cesar en sus apariciones pascuales. Todos tenemos una frase preferida. La de Jesús es ésta: la paz. «Mi paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da.» Paz tranquila y sosegada que sacia y hace feliz. Paz que inunda el alma que se despreocupa del pasado y del futuro para centrarse en el presente. La paz que hunde sus raíces en el amor, sin dejarse agitar por las insignificancias de la vida. «Nada te turbe, nada te espante», repitamos con Teresa. «Mi corazón está tan lleno de la voluntad de Jesús, que, cuanto se vierte encima, no penetra hasta el fondo. Es como el aceite, que fácilmente se esparce en la superficie del agua cristalina. Si mi alma no estuviese previamente llena, si fuese menester llenarla con sentimientos de alegría o tristeza que se suceden tan presto, sería una oleada de amarguísimo dolor» (Santa Teresa del Niño Jesús).

*Yo soy; no temáis,* sigue diciendo Jesús a sus discípulos. «Soy yo; no temas»: serenidad, presencia de ánimo en el dolor, en el sufrimiento. Santa María; profundiza en mi corazón estas palabras de Jesús. Es Él; ¿a quién tengo que tener? ¿Quién me podrá separar de su amor? Siempre Jesús está llenando el dolor con su dulce presencia. No ha querido suprimirlo. Prefiere convertirlo en manantial de gozo para el alma que acepta y calla, repitiendo la frase predilecta de María: *Hágase.*

*Aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu.* Se alborotan al ver a Jesús resucitado en aquel atardecer del domingo. Llenos de miedo, temen que los judíos se presentasen allí para crucificarlos. Se dejan llevar de la imaginación. Les falta la calma serena y tranquila que hace disfrutar de las deliciosas apariciones de Jesús que se suceden a lo largo de esta Pascua. No tenían presente el consejo de Juan de la Cruz: «Procura conservar tu corazón en paz. No le desasosiegue ningún suceso de este mundo. Mira que todo se ha de acabar.» (*Cautelas*)

*Y les dijo: «¿Por qué estáis turbados y por qué ese vaivén de pensamientos en vuestros corazones?»* Eso mismo nos dice a nosotros cuando la inquietud nos sobresalta y envuelve. ¡Qué condescendencia tan amorosa! Se acerca a consolarnos, a esforzarnos. No nos deja solos nunca, aunque aparentemente

se ausente. Madre querida: para navegar por la vida sin perder la calma serena del espíritu, graba en mi corazón las palabras de Juan de la Cruz: «No es voluntad de Dios que el alma se turbe de nada ni padezca trabajos. Si los padece en los adversos casos del mundo, es por flaqueza de su virtud, porque el alma del perfecto se goza en lo que se pena la imperfecta.» (Cautelas)

«**Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy. Palpad y ved...**» Y dicho esto, les mostró las manos, y los pies, y el costado. ¡Intimidad y sencillez inefable! Jesús acercándose y hablándonos familiarmente. Nos enseña las cicatrices gloriosas de un combate. Esas heridas resplandecen iluminadas con los fulgores de su cuerpo glorificado. A pesar de todo, los discípulos *no acaban de creer*. Tenían tan cerquita a la vida eterna, veían a Cristo glorificado, y no acaban de fiarse de Él. Lo mismo nos sucede a nosotros. Le tenemos tan cerca, en medio de los vaivenes de la vida, y no acabamos de creer en su amor para con nosotros. Repitamos con frecuencia: «Será el dolor que viniere, en buena hora recibido. — Venga, pues Dios los quiere. — ¿Qué me importa verme herido, si es Dios El que me hiere? — Por tu bondad y tu amor, — porque lo mandas y quieres, — porque es tuyo mi dolor... — ¡Bendita, sea, Señor, la mano con que me hieres! »

La condescendencia de Jesús llega al colmo al pedirles alimento. Así acabarán de convencerse de que es Él. «¿Tenéis algo que comer?», les dice. Ellos le ofrecen parte de un pez asado y miel. Jesús, con naturalidad, lo come a vista de ellos. Hace más: les reparte las sobras. Estas reliquias sabrían a cielo a sus discípulos. Recibidas de las manos gloriosas de Jesús, rezumaban cariño y afecto. ¡Qué detalle tan emocionante! Eso hace Él también con nosotros. Mejor, hace mucho más: nos da no un alimento de tierra, sino su Cuerpo y Sangre, manjar divino que nos hace despreciar la tierra y anhelar el cielo, buscar las cosas de arriba y despreciar las de abajo. «Aquesta eterna fuente está escondida en este vivo pan por darnos vida, aunque es de noche.» (San Juan de la Cruz)

**Gozáronse los discípulos al ver al Señor.** Por fin, después de un día de incertidumbres a pesar de múltiples apariciones, creyeron en su resurrección. Por fin le vieron. Se gozaron después de tantas tribulaciones. Nosotros también nos gozaremos. Llegará para cada uno el momento de verle cara a cara. **Gozáronse los discípulos, y nos gozaremos también nosotros.** Cuando apunte la aurora del gran día, cuando llegue el momento de su resurrección, el abrazo estrecho y divino de duración eterna. ¡Ven, Señor Jesús! ; rompa la aurora de tu vida. «Descubre tu presencia y máteme tu vista y hermosura. Mira que la dolencia es de amor que no se cura sino con la presencia y la figura» (San Juan de la Cruz, *Cánt.*)

**Entonces les abrió su inteligencia para que entendiesen las Escrituras.** Madre querida: que Jesús me abra también a mí el sentido de las Escrituras. Así comprenderé el misterio de muerte y resurrección que es la vida en la tierra. Así entenderé que es necesario sufrir para gozar, morir para resucitar. Así no me alborotaré cuando llegue el estigma del dolor. Sabré florecer allí donde Dios me plante. «Si un día el dolor llama a tu puerta, no se la cierras ni atranques. Ábresela de par en par, siéntalo en el sitio del huésped escogido. Y, sobre todo, no grites ni te lamentes, porque tus gritos te impedirán oír sus palabras. Y el dolor siempre tiene algo que decirnos. El dolor trae consigo un mensaje y una revelación.» (Nino Salvaneschi, *Consolación*)

Y les dijo otra vez: «La paz sea con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.» El Padre me envió a mí a redimir padeciendo. Así os envío yo: a conquistar almas sufriendo y amando, cantando y llorando, riendo y padeciendo. El Padre amaba a Jesús, y le envió a padecer. Así a nosotros: porque nos ama, nos envía a sufrir y gozar. Os envío a redimir sufriendo.

Para ello, la paz sea con vosotros. Así sabréis sufrir en la calma augusta del alma que en silencio se ofrece y ama. «Yo no me quejo, Señor; yo sé que es goce el dolor si se sufre por amar, y el padecer es gozar si se padece de amor. Sé que para el peregrino que gusta el placer divino de padecer por amores, las espinas del camino se van convirtiendo en flores. Yo no me quejo, Señor; yo quiero el alma tener lacerada de dolor, que el padecer por amor es muy dulce padecer. Yo quiero sufrir, Señor; quiero por amor gozar la dulzura del dolor, quiero hacer mi vida altar de un sacrificio de amor» (Pemán).

## ORACIONES

*Oh mi Jesús Resucitado que nos has manifestado tu profundo Amor en el misterio de tu muerte y de tu resurrección. Tú vives entre nosotros, y eres nuestra Vida, nuestra Esperanza y nuestro Camino. Llena con tu Claridad nuestras vidas, danos fuerza y ayúdanos a superar nuestra fragilidad y nuestra pobreza, y a amar como tú amas.*

*Entra en mi vida y permanece siempre en ella. Que tu Presencia sea mi auxilio continuo; que tu gracia me asista en todo momento; llena con la luz de tu amor mis pensamientos, palabras y acciones. Derrama sobre todo el mundo tu misericordiosa bondad.*

*Oh Jesús, yo sé que en la mañana y en la noche caminas a mi lado, y que cuando estoy abatido, triste, solo y confundido, esa presencia tuya es más consoladora y confortante.*

*Oh Verbo Divino, Hijo único del Padre, Luz del mundo, mi amadísimo Cristo Redentor, te adoro y te venero, a Ti que me has salvado con tu Cruz. Tú que tienes compasión de los que sufren en su cuerpo o en su espíritu, remedia tanto dolor y dale a todo sufrimiento valor de redención.*

*Renueva mi fe y acrecienta mi confianza en Ti. Abre mis ojos a la maravilla de tu misericordia y que el resplandor de tu Resurrección llene toda mi vida, la de mis hermanos y la de toda la humanidad.*

*Oh buen Pastor, que estabas muerto y ahora vives para siempre, en tus Manos nos ponemos, a tu inagotable amor acudimos, en tu Corazón depositamos nuestras suplicas y necesidades. Usa de clemencia con nosotros y fortalece nuestra debilidad. Sé nuestra vida, sé nuestro guía y nuestra paz, establece la concordia entre todos los pueblos, defiéndenos de todo mal y danos los bienes eternos. Amén.*

*Inmaculada Madre de Dios: Alcánzanos el gozo de la Pascua. Fe creciente, esperanza cierta, alegría desbordante, paz imperturbable, amor ardiente.*

*Santa Madre de Jesús resucitado: Cristo inmolido es nuestra Pascua. Aurora de un mes cargado de ilusiones, primavera de amor que renace, fecunda cosecha de corazones, frutos de santidad.*

*Señora dulce y buena para todos, sé buena para nosotros. Queremos buscar el cielo, no la tierra. En estos días luminosos, prelude de la Pascua eterna del cielo, haz de tu Iglesia un solo corazón, saboreando la eternidad, olvidando el tiempo.*

*Jesús, Vida del mundo: En Ti brilla para nosotros esperanza de resurrección. Haznos vivir la santidad del misterio pascual. Perfecta libertad de espíritu, sin adherencia a lo creado. Olvido del yo, vida escondida Contigo en el Padre, adhesión plena y total a Dios. Luz de Cristo resucitando: disipa nuestras tómelas de mente y corazón.*

*Creemos en Tu Resurrección. Nuestra fe en Ti es victoria que vence al mundo. Triunfa de impotencias, supera desalientos, frena impacencias. Haznos cada día nacer de Arriba, morir por la mística locura de reflejarte en martirio lento y solitario. Por Tu Santa Resurrección, líbranos, Señor.*

*Triunfador del pecado y de la muerte, Tú nos abres las puertas de la Eternidad. Tú eres nuestra Vida. Ocultos Contigo en Dios, conducidos por la Virgen, mirando a la Estrella, apareceremos también Contigo en gloria imperecedera. Tus santas y gloriosas llagas nos protejan y defiendan. Así sea (P. Morales)*